

LETTERS
DO NOT
MISLEAD
OUR
FOLLOWERS
*
OUR
FOLLOWERS
DO NOT
MISLEAD
OUR
FOLLOWERS

LOTES DE ASOMBRO

© Eduardo Laureiro
© Yaugurú

ISBN: 978-9974-8418-5-7

Todos los gallos están despiertos
Segunda serie / 1
Marzo 2014

Colección dirigida por Gustavo Wojciechowski
<yauguru2008@adinet.com.uy>
<macadgster@gmail.com>
www.yauguru.com

Montevideo - Uruguay

Diseño: Maca
Se utilizó la tipografía
Transitoria (© Sebastián Salazar)

LOTES
DE ASOMBRO

Eduardo Laureiro



INVENTARIO

Aquí están las columnas erectas de la noche sobre un valle de sueños ocurridos, el ojo de la cerradura amotinado en la penúltima puerta, la que al abrirse da a otra puerta que al abrirse...

Aquí tu caramelo amargo, tu biblioteca sinfónica, tu pensamiento espía.

Aquí está la fábula famosa de la posesión que posee, sus hallazgos. Aquí las sílabas del viento entrechocándose para sacar a bailar a las ramas dementes del sauce, su perpetuo sarcasmo.

Aquí está el amor: su mancha luminosa, su indeleble semilla derramada.

Aquí la gran fogata de las máscaras por el cumpleaños del mundo, que está vivo y arde.

Aquí está la alegría, porque sobran razones –aquí está el dolor.

Aquí el verbo que retorna por la noche al diccionario, insatisfecho y tajante como una palabrota, acarreando la soga que eslabona su lenta caravana de letras omitidas.

Aquí están los útiles del tiempo que trabaja su cárcel de calígine; el tiempo inalterable que esculpe su rutina, su leve roce sordo, su dilución irónica.

Y aquí al final del túnel está la nada, muda. La vieja nada muda que nos traga, sin una reverencia, porque así debe ser.

EL TAMBOR DE OLODUM

De nada sirve echarle la culpa al calendario, menos aún al barómetro: los grados bajan por la escala del mercurio con el mismo desdén que una década por el tobogán de la decrepitud. Un año puede pasar fugaz como un olvido que el recuerdo no echa en falta; un mirlo ponerse a gorjear entre las ramas ulceradas del invierno sin dudar un instante que es la estación –no su canto– la que se equivocó de partitura. Pero cuando el espejo declina su responsabilidad en la contienda, antes de salir, medita: ¿paraguas o paracaídas? Hay que andar con cautela. Entonces, al cruzar el río, no te demores con el paisaje. Los puentes son una distorsión del nervio óptico que alguna náyade jocosa aprieta entre pulgar e índice para hacerte sentir, al menos unos metros, tan aerodinámico como las sandalias del Creador. ¿Levitas? ¡Bravo! Ahora vuelve a tu precariedad escayolada y reza. A falta de némesis, valga con la redención.

✱

La luna rubrica el pergamino de la noche y hunde su daga persa, como una diadema robada, en la frente partida de la luz. Los objetos –acólitos de la penumbra– aprovechan para durar. Un poco puede ser mucho, la catástrofe optar a medio camino

por la apoteosis y los hechos negarse a actuar
de facto, como si ya no les alcanzara con creer
para aceptar que eso que creen, sea. El condicional
socava los plurales hasta el solipsismo: si tu llave
calza en el cerrojo a esta altura de la noche, del licor,
de ti mismo, debes haber entrado en otro ámbito,
otra era, debes haber profanado alguna dimensión.
¡Considérate un tipo con suerte!
Hoy la divinidad que ejerce allí su magisterio
—más que de las infatuaciones de la lógica—
se ha declarado a favor de la catarsis.
Su consigna es pasar de la obviedad al misterio
en un tris de pestaña, con un abridor de conservas
reticente, para deslatar el alma con unción.

*

A expensas de la música celestial de las esferas,
este chirrido que rasga el silencio en dos mitades
no es de plectro, es de cálamo. Cada línea te apremia
como si estuvieses llegando atrasado a tu vida.
Como un pez piedra a la roca, la palabra se adosa
con tal exactitud a la connotación, que si alguien
dice: *persona*, escucharás una cuerda de tambores
lejanos, y en su retumbe: *más-ca-ra*.
Como un rosario de letras que al romperse el cordel
desparrama sus cuentas por las comisuras del habla
y en el piso, al juntarlas, forma una interrogación:
¿donde está tu botín, guerrero? Cuando después
del golpe de un guijarro el agua no recupera
su anonimato, una de dos: tu obstinación

quiere imponerle rasgos familiares a lo desconocido,
o las estrellas, hartas de ser lacayas del magnetismo,
escuatan la inmovilidad. Cuando tu propio nombre
te resulta extranjero es porque *sum*
ha empezado a conjugarse en subjuntivo.

*

Ese es tu sino, poeta, no hay otro mejor.
El destino es un número con tendencia a alfabeto,
una legión de erectas cifras romanas que, a simple
vista, no te permite distinguir si fecha magna
o invectiva con *spray* fosforescente
garabateada en la cripta del panteón escolástico.
Al parecer no te queda otra opción que el coraje.
Puedes barajar las palabras de amor que nunca has dicho
y arrojarlas al cantero de Nomeolvides o, tómbola
mediante, convertir tus mentiras en el “No va más”
de la franqueza (aunque probablemente detrás del as
de trébol surja la reina de corazones gritando: ¡que
le corten la cabeza!) Por lo menos lo habrás intentado.
Más vale yerro que emoción dejada en blanco.

*

Y si la neblina le impone a los zaguanes, fachadas
o semáforos un orden perverso, si te atropellan
los ruidos de una calle desierta y los perros te miran
de reojo, como reprochándote por el barril de Diógenes,
supón que algún motivo habrán tenido los helenos

para inventar el arte de medir con sombras.
Basta un cenit estratega y un sol que proyecte
su incurable optimismo para retratar al menos
dos verdades –flagrantes, antagónicas–
contra los maquillajes de la contradicción.

✱

Puedes buscar una palabra más durable que ahora
para decir ahora con barítonos de posteridad
o mandar al carajo al pretérito
y a su lenitivo secuaz, el porvenir.
Puedes colgar una rama de muérdago en el dintel
(ha de haber sido parásita de un roble y no haber tocado
nunca mar ni tierra) para protegerte contra la brujería.
O desear simplemente arrancar una sonrisa
de una boca triste, a título de prenda
para cuando tus labios ya no finjan.

HORA SIN SITIO

Lecho caldo.

Blando cobijo donde el color explota.

Paréntesis del no en el sí, epicentro

de sismo ninguno, avance

por concatenación de lo ligado antes

con lo deseslabonado después.

Feliz exterminio del péndulo

que tañe tañe tane.

POEMA AL POEMA

Has venido a negar con tu canción de alvéolos
la nada, a decir con la voz de Camena
un oráculo claro que sólo lleva a cuestras
lo que el alfabeto se atreve a no decir. A cerrar
de un portazo las pretensiones del vacío,
has venido, a fecundar el aire con tu hueco en sazón,
como si un río pudiese correr por una sola ribera,
el mar plegar sus olas y detenerse a pensar.

Has venido a empujar el borde de los ojos –hacia fuera.

A dejar inconcluso un pensamiento en el pasillo,
has venido, para que yo me tropiece con él y ya no sepa
si es adjetivo o adverbio, lo que busco, si falta
un endecasílabo o una aliteración, hasta que tus recuerdos
causen interferencia a mi olvido
y se sacuda el vuelo de las alas el jilguero yámbico
–has venido a entregarme un lugar adonde ir.

A mezclar intervalos de *scherzo* y rigodón, has venido
para calzar las corcheas de holgados zuecos blancos
hasta enseñarles la danza de la inmovilidad, el ritmo
indispensable de la otredad adentro. Has venido
para que tu alma le pregunte a la mía: ¿en este juego
de formas, qué contenido desaparecerá con nosotros?

Has venido a empujar el borde de los ojos –hacia dentro.

Con categóricas líneas en la mano, has venido,
con cebos de verdad, palangres de mentira
y con mortajas de luz, a deshacer la hechura
de la sombra. Has venido cayendo hacia lo alto
como un fruto del vértigo, hasta donde la melancolía
ya no hace pie y un coro de nenúfares explota, azul
indócil, en la cadera china de una porcelana.

A demostrar tus hipótesis de salvación sin salida
has venido

para empujar el borde de los ojos
hacia fuera

para empujar el borde de los ojos
hacia dentro.

ITINERARIO

...el mejor modo de esperar es ir al encuentro

Mario Trejo

No hay brújula sin Norte ni timón incapaz de gobernar.
Por eso mientras ando averiguo dónde voy:
el mejor modo de esperar es ir al encuentro.

A otros la bitácora, el astrolabio, el compás;
mi rumbo sin zozobra es esta angosta lejanía
por donde mientras ando averiguo dónde voy.

De nada sirve tratar de sonsacarle al tiempo
cuánta porción de futuro separa hoy de mañana:
el mejor modo de esperar es ir al encuentro.

Tal vez el horizonte haya inventado la inercia
para dejarnos ir desde ningunaparte a ningunsitio:
por eso mientras ando averiguo dónde voy.

Imagina que un día, cuando menos lo esperas, Láquesis
echa la suerte... ¿te quedarás satisfecho con tu noveno
o décimo? El mejor modo de esperar es ir al encuentro.

Y si te preguntan la edad del eterno retorno
cuenta todos los números que entran en el cero.
Por eso mientras ando averiguo dónde voy.
El mejor modo de esperar es ir al encuentro.

El ascensor abre su diafragma y engulle tres ejemplares de inquilino y un perro. Seis zapatos camuflan su adicción a la premura con suelas de suspenso. Cuatro patas se ven obligadas a yugular el movimiento en un rincón, con la agonía concéntrica de un líquido chupado por el sumidero. El transcurrir se debate en redes de inercia. Anquilosis del péndulo –punzada sorpresiva de lo inmóvil en las vértebras de la movilidad. Mi zapato derecho le pregunta al izquierdo: ¿es éste el famoso vacuum primigenio, o un féretro volante? El izquierdo responde: no conozco el periplo, perdí el itinerario. Como a todo zapato, si de avanzar se trata, a éstos lo mismo da tangente que perpendicular, con tal de hacer desplazamiento, mover la coordenada, un grado al menos. Dos. O, mejor, ya que estamos, 360. Y si es posible con pérdida de gravitación. Pero eso sí, con acto volitivo, un dejo de dignidad, al menos. Para un zapato no hay nada más rastrero que reincidir en su huella. Al zapato le basta con su moral sutoria, su callejero afán de multitud. Tercer piso. Corte de iluminismo. El ascensor se detiene y expectora dos humanos llevados por un perro. Adentro quedas tú con tus figuraciones de absoluto, y el devenir, que en cada nuevo piso se adelanta un poco menos a la eternidad. Artificial, este abismo que no aparta sino que une, en veintitrés segundos y dos décimas, el ascenso al descenso. Coartada del espacio, recorrido saqueado de sus datos por el disparo

súbito de un interruptor. Quedas tú, o mejor dicho,
ese ser interino, postergación neumática del yo
como un andar desalojado de sus pasos. Último piso.
Lo temporal recupera su barniz de permanencia
como un sueño rasguña la cáscara de su argumento
hasta tocar la yema y darse cuenta
de que la realidad lo necesita para justificarse.

MEMORIA

Imagen residual, vegetativa, latente
como un efecto sin causa
que por defecto se hubiese deslizado
entre el recuerdo y el olvido
de una estación de tren abandonada
desde la que siempre es posible partir
pero a la que nunca se llega del todo.

PRINCIPIO DE INCERTIDUMBRE

La hora es conjetural, el porvenir incierto. La noche
es un talud de estrellas por el que la luna derivó.
Atemorizado por un posible error de paralaje,
un meteoro reclama su patrimonio orbital. Abajo,
la Tierra. Núcleo sin derredor, perífrasis del cosmos.
Un gato lame secos lamparones de vinagre volcado ayer
sobre linóleo. Suena el teléfono. La frase “Puede ser...”
se desvanece en la línea antes de haber sido acabada.
Los arquitectos del caos aprovechan el súbito interregno
para demoler pilares de convencimiento.
Su divisa –casi ética– es clausurar de los callejones
la salida. Su axioma, casi retórico: *Donde
no existe confianza no puede haber traición.*

La brisa pedalea entre las ramas con un ronco dialecto
de coníferas. El aire alza su atavío, trisca y resuella
apacible, como un cortejo de salmos. Dado que aquí,
en la Tierra, la oferta de probabilidades es limitada,
el ojo –bulímico de infinitudes– opta por ensayar
el teorema del flujo cuántico: si no es posible conocer
al mismo tiempo la posición y el trayecto de una partícula
(pues la energía del fotón que la ilumina basta
para modificar su curso), puede decirse que toda mirada
crea un universo distinto del que la precede.

Si crees estar observando un estornino en pleno vuelo
y ves nadar un esturión, deja que el álamo decida

socaire o barlovento; pon las ideas en cuarentena.
Aquí en el tercer astro bobo del Sol una guitarra
puede tensar las cuerdas de la voz
y mantener en *falsetto* sus armónicos, como una mueca
de elocuencia. Una sonrisa en declive es capaz
de masticar un bocado de resaca antes de escupir el carozo
y decir: *Aquí está tu dogma*. Todo lo que no es absoluto
es relativo. Pero como la causalidad acepta canjes
de explícito por aludido, un murmullo de alas alcanza
para mover la sombra gótica de un pino.

Admirable es la constancia del insecto con el cáliz
de la flor, admirable su perdida lucha contra la fugacidad.
Admirable es la catártica fisura por donde prosperan
tus faltas de certeza, porque de ellas necesitas multitudes
para justificar una convicción. Es la hora del cierre
en tu lote de asombro. La permuta se acuerda
sobre un pasamanos de cosas menudas.
Queda un intervalo estanco, una rendija de gamas,
un tono sincopado que hace el silencio más hondo.
Vuelve a sonar el teléfono. Un fragmento de voz
se entromete en la línea como una página en blanco
que urdiera un desenlace para evitar su omisión: "...Puede
ser..." y otra voz, que parece venir desde el planeta mismo,
contesta: "Hoy dejaré la luz encendida".

ALGORITMO

Es posible afirmar que estas pálidas cintas de sol
acuchillado por las nubes
son las franjas caídas de la piel de un tigre
que no cupo del todo en su constelación
o es posible negar que algunas flores embellecen
al marchitarse.

Ninguna ley de la dinámica, ningún canon musical
invalida el postulado
de que la fuerza centrípeta del silencio es una prueba
de todo lo que éste tiene para decir
o que si dos fuentes de sonoridad se alejan
es para formar, separadas, una armonía mayor.

Pero se necesitan varias vidas
para poder darse el lujo
de no adular la belleza
cuando la luna se corre de hora
y las estrellas hablan en voz baja
para no despertar al horizonte.

MÍSTICA FORESTAL

Si te pudiera contar, amigo, lo que dice el avellano (tutor de zahoríes) cuando la escarcha graba en la corteza sus vocales de luz endurecida.

Se oye un murmullo de voces que acaricia los tímpanos como las notas de un piano; una voz alta restituye, antes de cada palabra, el silencio indefenso que devora.

Otra voz grave habla del hueco entre dos mundos que se rellena a esta hora, cuando el búho andrajea la noche con la hoz de su vuelo y los poetas se aferran a la espalda del tiempo para no caer atravesados por un verso.

El lenguaje es un papel secante que transcribe con la frondosa pluma de Hermes (caudillo de ladrones) los símbolos que hemos robado a la naturaleza. Y si te pudiera contar, amigo: el abedul ya no ahuyenta los demonios; los hayedales bailan la danza circular de los derviches.

La luna es una coma que separa el sí y el pero. Y si pudiera recordar dónde he escondido mis ídolos de barro, te enseñaría, bajo la sombra del saúco (cobijo de elfos), a fabricar con una servilleta las tres velas que empujan, sobre la línea melódica del viento, un barco que nunca llegará a Itaca.

ODA A LA PIEDRA

Absorta, insomne, cándida, pacífica piedra,
no cedas tus cristales a la jaula de la luz.
Si quieres deja rodar tu canto funeral por la ribera,
nimba tus ojos en el yodo para perder de vista el mar,
sube a los riscos helados donde el silencio es redondo
y su melancólico acento sólo te nombra a ti.
Pero escúchame, piedra, si de verdad eres piedra:
no edifiques muralla.

Inmune, generosa, metamórfica
piedra, no edifiques muralla. Traza de nuevo el horizonte
con lascas de tu piel, yérguete sobre tus estalactitas,
disminúyenos, vuelve a formar los continentes en la órbita
de un ojo capaz de asir, de juntar. Escande, si quieres,
tus versos, con el rústico alfabeto del mutismo.
Rememora tu lenguaje inmemorial. O cállate.
No digas nada. Yaz, simplemente, mucho nos has dado.
Tú que has sabido permutar cenizas de volcán
en mármol opulento, tedio en sabiduría, poder en humildad,
no edifiques muralla.

Si quieres haz avenidas de soledad
endémica, rascacielos tan altos que tapen el porvenir,
colmenas jeroglíficas, puertos adonde llegan sólo ahogados
con un párpado de sal. Tú que con resignación has biselado
las vetas de nuestra edad, manda lustrar tus quilates,
piedra –no edifiques muralla.

ES ESTO

Es un astrolabio fatalista que hace mover las estrellas
al ritmo enloquecido de un corazón a término
por el egoísta placer de ver astros bailar de esa manera.
Es una música escrita con la caligrafía de los líquenes
sobre la partitura de la roca. Es...
No, empecemos de nuevo.

Son colgadas de luz. No. Son andenes de ironía.
Es el segundo espacio, la esfera de virtud,
donde el hombre es valiente
y busca la verdad hasta en su propia mentira.
(¡Imagínate una religión exonerada de dioses!)
Pero no es eso. Claro, tampoco es eso. Es...
No, empecemos de nuevo.

“Es esto: ¿ves? No es nada más que esto –le dice
el búho a la noche y abre sus alas lentas y levanta
el vuelo–: la realidad maquillando sus ficciones
antes de decidirse a posar para la imaginación”.
Es un solo de luna
tapando las falsas roturas del tiempo
como si fuesen los hoyos de un gruyère.
Son mis uñas rasgando el óxido de la melancolía
hasta llegar a tu capa de más honda ternura.

PARTIDA DE DADOS

Redundante como la lágrima de un pez
salando el agua del río, lanza el dado
que abre el juego de la vida mínima.
Es un número ciego, una suma sin resta,
un tesoro escondido en la solapa del sueño.
Es un haber que pertenece sin entregarse del todo.
Somera vida incierta, cuestionable
como el eje de un círculo fuera del centro
pero sobre todo exacta, ilimitable, mera
vida.

Cuando llegue la hora de repartir el botín
podrás canjearle tu perdición en ganancia.
Por ahora, conténtate con el dado.

HACIA LA SIMPLICIDAD

Es fácil, sólo debes tirar por la borda lo que sobra
para dejar salir a flote lo que hace falta. Nada más,
nada menos, que marcar una línea que separa
el más del menos, la creencia en el más y en el menos
de la creencia, la ingravidez del peso.

Tan simple como guardar únicamente del pasado
lo que hace futuro, del subjuntivo la opción alternativa
y de la voluntad de creer hoy en las razones de mañana
un jeroglífico de hormigas sobre el cemento
interpretado con la solemnidad de un niño.

¿Qué es la completud? Un trabalenguas docto;
un neologismo con alardes de trascendencia.
Fácil es no tomar de la realidad sino lo que está de más
o de menos: el contenido no se escapa únicamente
si la verdad se busca adentro.

MÁNTICA

Habrá sed y saciedad, habrá placer, habrá ausencia de dolor.
Habrá temporadas de amena conciencia, habrá tristeza.
Cuando una sonrisa por fin se anticipe
a la emoción que la provoca, habrá alegría.

Habrá un manantial del que brota una música ronca
como un remolino de hojas en la garganta de la sibila
donde los poetas irán a abreviar su nostalgia
por los versos que aún no han escrito.

Habrá una pizca de sentido en cada absurdo (habrá
gato encerrado) y una rima feliz emboscada
en cada página. La última noche del año los niños
cantarán una balada que resumirá todos los himnos
en todas las lenguas: *piden pan, no les dan,*
piden queso, les dan hueso y les cortan el pescuezo.

Y cuando tú le pidas al Demiurgo que te enseñe
a ser más dócil que tu ignorancia,
menos oportunista que la ironía, humilde
como el mar, habrá silencio. Habrá silencio.

TERMINAL

Hemos andado tanto que el ancho de los pasos
solo puede medirse por el espesor de las huellas
omitidas. El ángulo con el que ayer incide en hoy
es tan obtuso que, al voltear el recodo, lo circundante
empieza a verse únicamente del lado de allá,
como a través de un prisma de distancia.

Demasiado transcurso para este caminito.
Perspectiva de sobra para este escorzo llano,
jorobado y ramplón.

Tanto hemos visto que la luz, si pudiera dormir,
se acostaría temprano para soñar que ve por nuestros ojos.
Y hemos gastado tanto abecedario en herrumbre y hollín
que nos hacen falta las nueve oclusivas de Cadmo
para poder decir, como el marino al cíclope: “Soy Nadie”
y desandar el metro que separa el verbo de la voz.

Demasiado campo para un solo foco.
Profundidad en exceso para este atisbo miope,
cejijunto y burlón.

Hemos oído tanto que debemos volver a escuchar
la risa ronca del agua sobre la roca
para autorizar la magia a ser tan simple.
Y nos hemos tuteado con la vida tanto
que cuando llegue la hora de nombrar al cuco
no podremos tratarlo de usted sin una nota de sarcasmo.

INFERENCIAS

Say what you will but nature

won't rob us of omens

Joseph Brodsky

Fácil es prever, en esta época incierta, que si el tren llega al andén exactamente a la hora marcada, no es el que tú estabas esperando. Aunque el silbato te llame por tu nombre y cada ventanilla alargue el brazo para saludarte, como un cordón de guantes secándose sobre las vías, decrece en el destino –cuanto más si es puntual. Pero si mañana alguien corta todos los campos de girasol que hay en la Tierra, de algo puedes estar seguro: la noche será más negra. Y la cotización de aceite de girasol en el mercado –es decir, su epifenómeno– subirá disparada.

A cada movimiento en el ajedrez cósmico le corresponde una causa y una relación de fatalidad. A cada diafragma Kodak le toca un ojo amarillo que lo mira, lo mira, metódico, tentacular, incisivo. A cada dilatación una contracción y ¡enhorabuena! un nuevo epifenómeno.

Del vuelo de un pájaro que mueve las alas a regañadientes se adivina que el apocalipsis no va a tardar –o que nos ha pasado una vez más por alto. Hay que aprender a esperar: ya vendrá el tiempo de despertar al sueño con su propio secreto.

Del rasgueo del lápiz sobre el papel cabe inferir que has largado tus signos caligráficos. De la inclinación de las letras que avanzan, como gladiadores armados con una cota de

tinta, se deduce que las endorfinas segregan su diezmo de felicidad glandular, que el verso todavía tañe la lira.

De la simetría del reloj de arena, entre cuyas caderas pasa lo que pasa, que todo número ocho oculta la frustración de no haber sido infinito. De la imposibilidad de un calendario que no cuente sino los días que te restan, este afán subversivo de querer saber adónde va a parar el tiempo cuando pasa. Para ser un recuerdo basta que alguien te haga objeto de memoria; inmortal es solamente el olvido.

A cada tahúr le toca un comodín en este póquer. A cada epitafio una exageración. A la libertad una contraseña para infringir las leyes de conformidad con la legislación.

De tu apego a la vida puede barruntarse que, aunque te hundan las naves, no lograrás dejar de amar la larga lista de equívocos por los que vale la pena estar aquí, o que el último modelo de horca viene con pararrayo incorporado.

Y si por eso te acusan de antiperistático y, con la soga al cuello, te piden una confesión, responde: “Ateo, gracias a Dios”. Más vale ser colgado por hereje que sucumbir en las redes de la tautología.

SALMO

Que el dragón de la fuente devore al fin la doncella
y el agua se reseque en cataratas de lentitud
dentro del plazo caducado de un anticipo.

Que las falenas aborten su par de patas falsas
–lujosas como el tren de aterrizaje de un *Concorde*–
para echarse a volar la vida entera en tres segundos.

Que las ofertas de perdidos paraísos
liquiden su existencia de cerrojos
y que tu corazón, de golpe, empiece a latir tan rápido
que haga avanzar el reloj de la plaza tres minutos.

Que yo toque tus ojos al mirarte –que nuestras pupilas
se empujen– y suene un oboe, terminal de las voces,
para que el todo delegue en sus partes
la responsabilidad de este gentil simulacro.

FUGIT IRREPARABILE TEMPUS

Poco importa si pagaste al contado o a plazos, si te tocó en el lote o te lo dieron fiado: se prevé una absoluta devaluación del tiempo y no se acepta retorno, endose ni remate.

Según informes, el colapso, inminente, será pandémico. En un abrir y cerrar de ojos un decenio valdrá menos que hoy un mes, el día un mísero centavo más que la hora y –si el déficit se agrava– los minutos, apenas roto el cascarón, ya envejecidos, sólo le servirán como propina al rojo del pasivo.

Algunos alarmistas especulan con la probabilidad de que el antes y el después, avergonzados frente al *statu quo*, comploten para camuflarse con la eternidad (por temprano que uno llegue a cualquier sitio será tarde). De ahí que los expertos aconsejen no invertir en presentes ni futuros. El valor más rentable, según informes, es la memoria. Sólo el pasado no corre ningún riesgo. La prueba es que hasta hoy hemos sobrevivido.

En cuanto a los estadistas, acosados por la opinión pública, no saben qué responder sobre los motivos del flagelo. “Son las transacciones globales de lucidez por locura, dignidad por infamia, verde jade de selva por negro agujero de ozono” –dicen unos. Otros afirman que el destino, cuando lo toman por imbécil, manda sus épocas miopes al ostracismo, para que aprendan a leer todas letras de la palabra “Nulo”.

En todo caso conviene que ordenes tus activos. Debes pasar tu fecha de nacimiento a *Pérdidas y Ganancias*, saldar atrasos con tu conciencia y liquidar la cuenta de luz con las

estrellas. El péndulo no concede; ni hablemos del porvenir. Nunca se sabe por dónde va a saltar la liebre y el mejor punto de mira es el de fuga.

Acaso tu nombre ya esté rodeado por un círculo en el almanaque de las parcas.

VAGO LUNES

Me he pasado el día acechando el acto de escribir,
intentando embocar sílabas en rendijas de aire
para obligar al aire a colaborar, si no como artífice,
al menos como testigo abstracto de la lucha
entre un hombre imaginario y un dios irreal
que al cabo se dignase
a presentir conmigo la coyuntura propicia,
el estado de ánimo más claro y oscuro a la vez,
la circunstancia de la luz, concentradora,
el momento sublime con la música exacta
y no he escrito nada
más que la respuesta a una pregunta
de la que no me explico el cómo el cuándo
y menos el por qué: sí, yo también te quiero.

SIN VOZ, NI VOTO

He lost the thread of his history in a forest

Charles Simic

Paseando por el bosque perdí el hilo del relato: mi voz
quedó colgada del ramaje,
mi discurso aplastado bajo un colchón de hojas de abedul.
Sin hilo, lo lamento, mi historia se atraganta;
el desenlace y la trama se confunden
y hasta la palabra *todos* se modula con dos oes de ausencia.

Sin hilo ya no sé lo que es el tino
no sé lo que es el yerro.
Sin hilo olvido quién soy
y lo que he venido a hacer.

Pero mi pequeño infortunio es didáctico
por cuanto empuja el decir más allá del lenguaje.
Su carencia me obliga a fusionar pronóstico y aserto;
su ausencia es una refutación del habla
desde adentro, un vacío que escribe los sonidos
al borde del abecedario y la significación.

Sin hilo abro la boca
y no hay acento no hay prosodia.
Sin hilo toda lengua
es extranjera al paladar.

Imposible saber qué postulaba, mi discurso, si valía o no
la pena escuchar su pregón. ¿Trataba de política o de sexo,
de arte, guerra o religión? ¿Era el tam-tam oculto de un dialecto,
un cortejo de sílabas danzando la trivial rumba del aire?
¿O era el nexa con el que a veces la conciencia parece recobrar,
por obra del lenguaje, una naturaleza colectiva?

Sin hilo miro azul y veo rojo
quiero pensar jabón y sale pompa
(que sube dos segundos, se infla, explota).
Sin hilo llamo al perro y viene el pez.

Del incesante manantial de las palabras ahora sólo fluye
un soplo de mutismo que golpea la puerta insistiendo
insistiendo
insistiendo
que lo dejen entrar en la fiesta del mero decir
pero nadie le hace ni el más mínimo caso.

CARPE DIEM

Atrápalo, al instante, no dejes que se escape.
Retén su oscura fábrica de aromas, de sonidos, de colores
que estallan como frutos maduros. Abre la ojiva del instante,
desnuda su amplitud, indaga en sus capítulos de urgencia.

Huele *in fraganti* el vaho que pone a bailar
la brisa –lavanda con sudor de amantes que entrelazan
su piel hasta rasparse la piel contra el futuro. Picor
de polen sideral, contenta rosa envejecida.

Mira como la tarde, melancólica, apoya
tu cabeza sobre una palma de ocre. El amarillo sopla
sus candelabros. Entonces el azogue del mar es tan plumizo
que, a no ser por el barco que lo mantiene a flote,
hace rato que hubiera naufragado.

A lo lejos, o cerca, o a prudente distancia,
la dentadura de un piano mastica sus armónicos. Mordiscones
de tiempo, rezongo de alas rotas y trote de baguales agitando
las crines en el violín de Shostakovich. Arráncale el secreto,
que no se te escabulla.

SOLILOQUIO A DOS VOCES

La luz se estabiliza en la caricatura de la sombra.
Un pino cruje con voz ronca su lamento gutural.
Los sonidos, más nítidos gracias a la oscuridad, toman
una resonancia transparente. Después de una larga jornada
de servicios prestados al orden, hasta los ruidos plebeyos
—un taconeo espartano, filos de consonantes rotas
por una discusión, el monólogo triste de un ladrido—
se emancipan, dejan su nombre al amparo
de la noche y se van a acostar a la intemperie
de sí mismos, para charlar como viejos fagots
sin orquesta, eximidos de concertación.
Los contornos del mundo se dan tregua. Un poste puede ser
una giralda puede ser un atril, con un *larghetto* interpretado
por la nieve con dedos de celofán. El farol crece
hasta el tronco de un olmo. Y el olmo, si lo miras de nuevo,
se transforma en haya (porque la hache debe tener siempre
la última palabra). Tu reflejo sobre el tapiz de hielo
deja una huella de asombro, como la mueca lívida
del mago Zoroastro al chocarse contra su propia imagen
en un jardín de Babilonia. La bruma le da al tacto
una profundidad que las manos no allanan,
como si quisiera probar que el espacio es capaz de usar
al menos tres dimensiones, que ser sigue siendo un envite
dudoso, que no toda partida se salda con un retorno.

*

Por el otro sendero del parque algo se desplaza. Ebria
columna de humo empujada por intermitentes oes de vapor,
como un dragón con hipo tras una siesta al sol.
Al acercarnos los pasos retumban del lado sordo del eco.
Y el eco –que puede ser el canto de las ninfas,
que puede ser el arrullo de las parcas– al sonar
(si tú le prometes que no lo escucharás de nuevo) apantalla
la boca con la mano y dice: “Una soledad sola no da abasto”.
Su voz viene de lejos, de donde se atan los cabos,
donde la sombra cosecha más semillas de las que sembró la luz:
“No sientas vergüenza por saber que nunca vas a estar completo.
Yo tampoco lo estoy: eso es lo que debemos celebrar.”
El bambudal hamaca su oleaje nocturno con tal exactitud
que una hoja cayendo haría más pesado el aire.
La vida, constante, hilvana la aguja que sutura
el ínfimo con el infinito. Sabe que a veces los dioses,
por descuido, rozan el pecho o la mejilla de un hombre
y dejan ahí un escozor tibio, como una brasa apagándose
en un color que el arco iris ha omitido. Intuye que
sin lo imposible, lo posible no sería más que un juego
de tramposos, una ruleta con los números cargados
para buscar en la irreversibilidad del tiempo
una explicación
a este absurdo dolor metafísico.

SON

Porque la esfera del reloj, por más que palidezca
nunca será el diminutivo de la luna –tengo que amarte.

Porque a veces los poros se tapan de ternura
y el habla queda inmóvil
como el paracaídas de una araña
en un nudo de aire –tengo que amarte.

Porque la palabra amor, asustada de ver
lo que han hecho con ella, se borró del libreto
y se llevó los renglones de la partitura
para que el corazón toque de oído –tengo que amarte.

Porque el alba en Orión es azul índigo
pero en Andrómeda el ocaso es amaranto –tengo que amarte.

DAIMON

...es el carácter distintivo del ser humano

Heráclito

La clave de mi dicha está en el daimon que habita en el desván.
Boceto de sí mismo, ente a medio camino entre la nada y el ser,
muy poca estofa tiene, mi daimon, de ángel guardián.
Si me arrimo se aleja; si lo llamo se enoja y ya no se deja ver.

Difícil es el diálogo con daimon, su léxico es escaso.
De la jerga de moda ignora las palabras odio guerra humillación.
Si tú le dices blanco, él dice negro, añil, o no hace caso
y asoma el hocico al limbo, como si esperase una explicación.

Porque debo decirlo: mi daimon, el pobre, vino con falla.
Hay algo crapuloso en su esencia divina, un fusible quemado
en su conexión astral. Sin embargo –no sé si es amor o haya
sólo costumbre– así lo quiero yo. No intacto, fracturado.

No ideal, sino impuro. Y travieso, además.
Mi daimon es amable. Detestable es mi daimon.
Es veraz de mañana y por la tarde mendaz.
Nunca puedes del todo refutarlo nunca darle del todo la razón.

Es un duende que duerme con la ceja colgada de la luna
como una interrogante buscando su pregunta: ¿dónde voy
yo, contigo, quién te mandó ponerte las líneas de mi mano?
Es apenas un grumo de ser preguntándose: ¿quién soy?

Sin embargo yo tengo fe en el daimon, geniecillo gruñón,
porque su mito es un nexo entre los manes y el hombre
y siempre es posible usar su escala de conversión
(de sagrado a profano) para soplar la llama hasta que alumbre.

Poderoso es mi daimon. Mi daimon es escuálido.
Suya es la llave del núcleo; mío el ovillo vital.
Si alguien da es porque algo le hace falta: no hay dádiva
sin débito. Esa es nuestra ruda ley tribal.

Cuando le tomo el pulso toca a muerto
y cuando le pregunto el secreto de la inmortalidad
sonríe con intacta alegría de foto:
sin demasiada distancia, sin exceso de proximidad.

NOCTURNO

Me reúno con la sombra, estuche de ecos.
Como yo, insomne, la noche recorre a pasos nítidos
su laberinto. Quiero participar con ella
en el asesinato de la luz, ser su devoto cómplice,
el centinela que conoce las claves del significado
oculto en cada ausencia. Quiero aprender a esperar.
Sé que al fin va a revelarme su secreto.
¿Con qué sonido tengo que fabricar la voz
para escucharte, dime, para escucharme?
¿Cómo evitar que la intuición retroceda a concepto,
la sensación a lógica, lo individual al arquetipo
de la universalidad? Perturbadora como el asalto
del deseo en la antecámara del sueño
mi conciencia es un grano de disimilitud.
La brisa toca su xilófono de huesos sacudidos
como calaveras despiertas en el jardín.
El arpa del sauce afina sus trenzas con el esmalte
del rocío. Seguro que si ahora miro el reloj
por el ojo daltónico de esta inmensidad
tantas veces más cierta, más durable que yo,
el transcurso irá en sentido opuesto a los minutos.
Seguro que mañana volverá a pasar
el afilador de cuchillos tocando la siringa
por la que escapa el último aliento de un emperador
y antes llevaba las rojas iniciales de Orfeo.
El picapalo mandará su mensaje
anunciando el avance de las huestes bárbaras.
El contenido seguirá buscando forma

en una lágrima seca, un fin inaugural,
en los círculos de arena de un mandala
que se disuelven lentamente en el mar.

RETRATO POR DEFECTO

No es tuyo este rostro calcado a la medida estricta
del recuerdo, no son tuyas las ojeras amarillas del amanecer.

Tú no pisas el césped ardido del presente.
Son los dedos enguantados del futuro que se adelantan
al hecho, lo sujetan primero y lo largan después,
como para mostrar que todo *entonces*, si no del todo
prófugo, es al menos rehén de la transitoriedad.

No grano de sal en las manos del agua, eres tú,
ni párpado que inclina el tragaluz a la hora violeta,
sino arcilla modelada por el viento,
cuerda de cítara tensa por la vibración de la bruma
del amanecer.

No eres tú quien zurce las costuras de esta realidad fofa.
Tuyo es este sonido que se asusta porque ya no hace eco.

RESCOLDO

Valió crecer contigo.

Edificamos columnas que aún sostienen
robustas fundaciones de azul aire inmaduro.

Valió el canto rodado conquistador de playas
y honduras que fondean al borde de uno mismo.

Eras tú y era yo, ser era somos, un pronombre
igualado a ras de abismo –destello doble
con un reflejo único.

Entonces fuimos los trazos del bosquejo,
perfil meticuloso de un relámpago. Ahora
flecha que Diana, indiferente, lanza sin apuntar
y emboca en pleno blanco de su vuelo.

Venablos del azar. Estampidas de asombro.

Por la justa ironía de nuestra inpermanencia.

Por el olvido que abre, como amapolas secas,
las venas del recuerdo. Por lo que fue
y no puede volver a ser y sin embargo.

MÁRGENES

Fuera un mendigo alegre contaminando el aire con su risa
a la entrada, o un cobrador de impuestos que cuenta
los volúmenes del aire consumido a la salida.

Fuera un champiñón transmisor del enigma o un halcón
mistagogo del vuelo.

Fuera porque los pasos desandaban sus huellas con sigilo
o bien avanzaban, raudos, pero impulsados menos
por tu voluntad que por un insaciable apetito de futuro,
como si al devorar perspectiva arrojasen un guante
a la cara del tiempo.

Fuera, según el andén desde donde se mire, a irme o llegar.
A creer, descreer, desamar para volver a cometer el mismo
acto elemental, a mil veces perderme y encontrarme.

Fuera llegar o partir, de una vez. Cerrar y abrir los ojos
al unísono dentro de un solo parpadeo. Fuera el camino.

SALUDOS DE GALATEA

*...debí haber calculado que me volverías superfluo
en el mismo instante que te inventé*

H. Nordbrandt

Hacerte de un brochazo de alba prematura a orillas de la noche
y acurrucar mi sombra alrededor.

Trazar con la línea insegura de tu perfil el resto: dos lunas
insomnes, la soledad infiel, un blanco sonido flotante,
flotando, hasta descascararse debajo de la piel
y por encima las mismas paredes de ausencia.

Invitarte a existir por fuera de mi intención,
ajena a los caprichos de toda voluntad,
invulnerable al sentimiento y a la idea, la pena y el contento.

Hacerte a llamaradas de atardecer golpeando la pupila
contra un crepúsculo inmóvil, a focos de resplandor
desvaneciéndose en la pluralidad de un espejo,
con puñados de vidrios y con su través.

Hacerte así, indecisa, sin poder evitarlo,
y empañar con tu aliento mi alrededor.

Soplar en tus narinas un hálito de vida y aguardarte
en silencio y temeroso y con el corazón a oscuras,
sin acorde, como un reloj que espera su mejor hora.

PUESTA DE SOL EN *EL CABITO*

Después de haber andado por los seis cardinales
de una brújula errónea (sin preguntarme
dónde quería llegar) y recorrido las líneas
de la palma del cosmos miniaturizado en mi mano
(sin descubrir tesoro al fin del arco iris, para no hablar
de credo, karma, iluminación) vuelvo a aquel lejano
atardecer. Festín de yodo en la coreografía de las olas.
Atlántico volcado en Rocha: epílogo de sol. La luz
apenas daba para hacer sombra (ni siquiera lo hace hoy,
tiritando a este palúdico candil de la memoria)
y el viento se atrasaba, atento, como para aguardarte,
conmovido por el timbre de tu voz leyendo versos.

Después de tanta agua bajo el puente y lluvia
sobre el tejado, acaso después de los breves segundos
de libertad que le tocan a cada ser humano
y después, mucho tiempo después de que el viento
me haya soplado del verbo las baratijas del discurso
y de la lengua renuncias y resabios,
dejándome de espaldas a la voz, lleno de mí
en la oquedad de mi propio silencio impronunciable
pero también quebradizo como una consonante
ante la robustez de esta O... Voy a volver a admirar.

Porque el poeta siempre vuelve a la loa. Esa es su clave
de Fa, su diapasón germinal, la caja de resonancia
por donde Pandora sopla armónicos a la oreja de los siglos.

Loa al hoy porque invade, a empujones de sueño despierto
epopeyas de ayer, y loa al futuro porque agita las pestañas
somniautas, blandiendo su cimitarra de conquistador,
con el gesto inconcluso y la finalidad de un pronóstico
que caminara sonámbulo sobre un cordón tendido
entre un quizá poco fiable y un tal vez diletante, conjetural,
incrédulo.

Loa a nosotros –comparsa de malvados buenos–
por creer que llegamos siempre tarde a la revelación
(como si hubiera algo que fuese a ser revelado)
sin darnos cuenta que lo único que vale la pena buscar
ya lo tenemos.

Loa al ahora cumplido.
Porque después de girar por enésima vez la llave
en el ojo menguante de la luna que asoma
y abre el portal de la noche hasta su abismo
mi corazón descargará en el pecho
la voluntad de su peso.
Las últimas pinceladas –magenta índigo fucsia–
del atardecer y yo
jugamos al azar la culpa por la brevedad
de las cosas efímeras. Yo gano y él se va deshilachando,
heroico, casi vengativo (¿querías belleza?... ¡toma!),
dejándome cada segundo más cerca de mi soledad.
Y su loa.

CADENCIAS

A menudo el vacío saca a pasear sus cascabeles
por los bulevares de la plenitud, al envés de mi oreja
las corcheas solfean con el silencio
a menudo.

Casi nunca es muy tarde para apostarle al sí,
aunque salga penúltimo: la probabilidad es un guiño
de la nada al todo, un lance sin envite
que nunca sale ganador, o casi nunca.

A menudo lo que es absoluto se finge relativo
para hacerle la vida más fácil a la verosimilitud.
Allí donde la verdad no pasa ni vestida de seda
a la mentira no la paran, casi nunca.

PERPETUUM MOBILE

Nosotros también fuimos tan jóvenes
que contamos las horas por encima del día
y la noche en contiguas promesas de luz.
Nosotros también jugamos a ser inmortales.

Ebrios de lucidez sin comprensión, idealmente
desprovistos y por eso eximidos de todo creer
salvo en el milagro de amar así la vida,
como un enigma que a punto de ser revelado
se oculta más al fondo
bajo la certidumbre cegadora de su identidad.

Idealmente poseídos, como el estuche circunspecto
de un contrabajo dejado en consigna, fuimos
la música callada de San Juan, a la vez continente
y contenido de una profundidad que en superficie
se consume, una respuesta que interroga al afirmar
soy el que soy.

A veces la naturaleza, con el disfraz carnavalesco
de un arce en otoño, nos autorizaba a mirar más allá.
Del otro lado. Donde el horizonte escarba minucioso
las raíces del límite. Donde la sinfonía de las ranas
olvida el compás (porque el agua bajo el puente se detuvo)
y el girasol inclina su corona, como el fantasma de Hamlet,
al escuchar los pasos de verdugo del atardecer.

Del otro lado. Cuando llega la hora de aprender
lejanía. Cuando el color se hace infiel
y el tacto deja caer polen de memoria por los dedos
como una mariposa de un álbum.

Ahora la ceguera recoge sus miradas, da gracias
a la noche y se pone a deletrear la oscuridad.
La edad empieza a ser el contorno difuso de tu mano
atrapada en el sueño, móvil dentro de la inmovilidad,
que al escribir *Ahora* sobre el espejo del baño
se cubre de vapor. Demasiado miope para anticipar,
demasiado vidente para postergar.

HOJAS SECAS

No hay fin para los pasos de la iniciación

A. Zagajewski

Digamos que era el tiempo de las hojas secas
con la precocidad de un olvido urgente.
El vuelo de las golondrinas –un garabateo
de plumas abstractas– cortaba el espacio en vilo
como buscando una demostración
para el teorema del vértigo.
Entre los circunloquios del follaje se abría paso
un alfabeto de susurros y márgenes de luz atravesada
por las fulguraciones de su propio blancor.

Era setiembre a charcos de sol clandestino
en Ginebra, era la última vez antes de no volver
a verte.

Entonces nombrar aquel lugar del corazón
hubiera sido superfluo –creo que ni siquiera tenía
nombre: apenas se intuía, como la veracidad,
por dentro.

Digamos que la pesada fragancia de un cerezo
bastaba para inclinar la tarde a favor o en contra
del acto o la cavilación, con la imparcialidad
de una apuesta sin ganador, válida tan solo
porque iba a dejar huella en un futuro recuerdo.

La parsimonia de una hoja cayendo
recortaba en el aire figuras danzantes
y el atardecer, colmado de impregnaciones, hablaba
por la boca de los niños a los que un tiempo verbal
les ha quedado trancado en la garganta.

RETORNO A LA SEMILLA

Départ dans l'affection et le bruit neufs!

Arthur Rimbaud

Visto bastante –el mar, la luna bebedora de rocío,
los astros encallados en antorchas.

Tenido bastante –una vida, tantos sueños que sumarlos
equivale al infinito, el anillo que en la forja de la muerte
tal vez esté tomando la medida de mi dedo.

Conocido bastante –como para decir: ¡es aquí!
donde la excepcional vida de un hombre cabe en la letra
hache.

Visto tenido conocido bastante.
Es hora de empezar
la cuenta regresiva.

Entrego, pues, mi voz, grávida de palabras, al silencio
que le pertenece y adonde pertenece.
Entrego mi tacto y mi tímpano –amigos serviciales–
a lo mucho que fue de lo poco que pudo haber sido.
Entrego la finalidad (esa pitonisa de lo previsible)
al origen de sus aplazamientos.
Estas alas inservibles a la inmovilidad.
Los hilos de mi destartalada marioneta
a la risa de un niño. Y entrego mi larga piel,

veste suplente, como una muda de cigala, al pasado,
para zambullirme en el líquido amniótico del alba
y hacer volteretas con la ingravidez, donde crece
el futuro. Pero, eso sí, me llevo tu sonrisa...
¿Cómo avanzar a ciegas? Será mi bastón blanco.
Pero, eso sí, me guardo tu memoria
(en el cajón donde guardo
sólo las cosas que se agrandan)
porque de algún modo es preciso ayudarse
a componer la propia sinfonía.

Índice

7	Inventario
8	El tambor de Olodum
12	Hora sin sitio
13	Poema al poema
15	Itinerario
16	Schindler & Cía
18	Memoria
19	Principio de incertidumbre
21	Algoritmo
22	Mística forestal
23	Oda a la piedra
24	Es esto
25	Partida de dados
26	Hacia la simplicidad
27	Mántica
28	Terminal
29	Inferencias
31	Salmo
32	Fugit irreparabile tempus
34	Vago lunes
35	Sin voz, ni voto
37	Carpe diem
38	Soliloquio a dos voces
40	Son
41	Daimon
43	Nocturno
45	Retrato por defecto
46	Rescoldo

47	Márgenes
48	Saludos de Galatea
49	Puesta de sol en El Cabito
51	Cadencias
52	Perpetuum mobile
54	Hojas secas
56	Retorno a la semilla

Colección todos los gallos están despiertos

1. / *Tatuado en mí.* (Poesía) Léonie Garicoïts. 2009.
2. / *Un día feliz y otros cuentos tristes.* Hugo Domínguez. 2010.
3. / *Mar de las lluvias.* (Poesía) Léonie Garicoïts. 2010.
4. / *Parque y sombra.* (Primer Premio del Concurso Literario Poesía. Intendencia de Montevideo) Daniel Morena. 2010
5. / *Corazonada.* (Poesía/pintura) Paula Bader / Silvia II G. 2010.
6. / *(o diáspora la lengua)* (Plaqueta de poesía) Laura Alonso. 2010.
7. / *Club.* de Agustín Lucas, incluye postales con fotografías de María Noel Langone. 2011.
8. / *Falsas escrituras.* (Poesía) Sofía Rosa. 2011.
9. / *Planos del diluvio.* (Poesía) Radamés Buffa. 2011.
10. / *Renuncio.* (Poesía) Leonardo Martínez Mato. 2011.
11. / *Para las focas.* Juan Manuel Sánchez / *El ojo de la lluvia.* Alicia Preza. Premio Poesía Joven. Coedición con La cAsa de los Escritores del Uruguay. 2011.
12. / *Hacia Ítaca.* Hoski. Premio Narrativa Joven. Coedición con La cAsa de los Escritores del Uruguay. 2011.
14. / *Votivos.* (Poesía) de Jorge Nandéz Britos. 2011.
15. / *Jade.* (Poesía) Teresa Amy. 2011.
16. / *Canas de voyeur.* (Poesía) Nicole Sus. 2011.
17. / *Amarga misericordia.* (Poesía) Léonie Garicoïts. 2011.
18. / *La plaza del ángelus.* (Poesía) Andrés Echevarría. 2011.
19. / *Aprovechando al bondad de los fantasmas.* (Poesía) Walter Biurrún. 2011.
20. / *El corazón discurre.* (Poesía) Gabriel Weiss. 2011.
21. / *Bicho bola.* (Poesía) Victoria Estol. 2012.
22. / *De a ratos.* (Poesía) Ana Fornaro. 2012.
23. / *Virgenes y lobizonas.* (Poesía) Léonie Garicoïts. Incluye ilustraciones de Elián Stolarsky. 2012.
24. / *El niño del jardín.* (Cuentos). Pablo Bideagain. 2012.
25. / *Granada. Cuentos para leer en el auto.* Pablo Fernández. 2012.
26. / *Patio.* (Poesía) Leonardo Garet. 2012
27. / *Entre las mantas.* (Cuentos). Elena Solis. 2012
28. / *Juglar en flor.* (Poesía) María Constanza Farfalla. Incluye ilustraciones de Marcos Ibarra. 2013.
29. / *Tankas.* (Poesía) Leonardo Rossiello. 2012.
30. / *En el hilo del naufragio.* (Poesía) Mariana Rubio. 2013.
31. / *Las cajas del instrumento.* (Poesía) Ricardo Pallares. 2013.
32. / *Guerra relámpago.* (Poesía) Diego Cunha. 2013.
33. / *Memoria silenciosa.* (Poesía) Julia Galemire. 2013.

34. / *Bailarina invisible*. (Poesía) Víctor Guichón. 2013.
35. / *La pregunta indiscreta*. (Cuentos) Pablo Bidegain Ferrari. 2013.
36. / *La carne es devil*. (Poesía) Claudia Campos. 2013.
37. / *DIOS*. Flor de condominio. (Poesía) 2013.
38. / *El mar de Salvador (sobre textos de Salvador Puig)*. DVD de Andrés Stagnaro. 2013.
39. / *No sé qué hago en Inglaterra*. (Poesía) Ana Strauss. 2013.
40. / *Bailando sola cada noche (comedia más bien negra y patética)*. (Teatro) Raquel Diana. 2013.

Colección todos los gallos están despiertos

Segunda serie

1. / *Lotes de asombro*. Eduardo Laureiro. 2014.

Parcelas, fragmentos, *lotes*, impresiones de un viaje sideral, cósmico, total. Transcurre en el tiempo, atraviesa espacios diversos –plazas, hojas secas que crujen al ser pisadas, Ginebra, un atardecer en La Paloma– y se vuelve hacia adentro, hacia el adentro que es la introspección. Tañe el tiempo que pasa y que registra el cuerpo, suena el tiempo entre esos lotes que a veces son de sueño, y –a veces– de vigilia, en la que siempre aletea la posibilidad de un ínfimo –infinito– despliegue. Quizás porque en la introspección se haya llegado a ese sitio en que entre lo ínfimo y el infinito media una coma, como esa luna nueva que aparece en el cielo de la noche. Se confronta consigo –quizás– la manera más difícil que hay de confrontar, a la hora de hacer el inventario. Con sarcasmo, con humor, con ironía, con ojo enamorado de la vida es que aparecen parcelas a este ojo que cuenta, que recalca, que se abisma en esa cualidad tan propia de la vida –*que está viva y arde*– que es el asombro.

Silvia Guerra

